



Trabajos Ganadores



LA NIÑA | 1er. premio

Alejandro Martín Gonzalez

Seudónimo: Jacques Donnez

Asomado en el balcón del semipiso de la calle Peña, Roberto Anderson presintió que el alma de su esposa aún flotaba como una borrasca de cenizas sobre el cielo de Buenos Aires. Tal vez haya sido ese recuerdo, el de un espíritu macilento que se despegaba del cuerpo y se evaporaba en el viento, o tal vez la presunción de que su propia muerte estaba cerca; lo cierto es que alguna de esas dos razones logró traicionar su melancolía y, en un atajo indescifrable, sus pensamientos recayeron en una historia que nunca olvidaría.

Intentaré ser justo en el relato; la lenta agonía de Valentina Pizarro merece el esfuerzo, pues la vida suele ser ingrata con los pequeños héroes.

Corría 1961, Roberto Anderson tenía treinta y seis años y había retomado la militancia católica luego de finalizar la especialidad. De familia ultraconservadora, católica practicante, el joven Roberto bebió de las doctrinas sagradas con fruición. Huésped de colegios religiosos, delineó su conducta bajo preceptos únicos y absolutos que no aceptaban discusión. Así fue como incorporó, dogma por dogma, una línea rígida de pensamiento, congraciándose con ese Dios que lo contemplaba desde lejos, pero lo alentaba sin miramientos en sus decisiones.

Su juventud no fue la misma luego del primer encuentro con el libro Camino . Cerrando los ojos, rascándose la sien, podía recordar sin el mínimo esfuerzo cientos de aquellos consejos que olían a órdenes y que implosionaron dentro suyo como una vómica de fuego. Sin embargo, los deseos de consagrarse a la Iglesia habían quedado en el pasado; se había casado con su novia de toda la vida, Victoria Campomar, y hacía dos años había nacido su primer hijo, Roberto Anderson junior. Por aquellos días, se desempeñaba como médico de planta en el Servicio de Ginecología del Hospital de Clínicas; estudioso, metódico, hábil en las prácticas quirúrgicas, fue poco el tiempo que transcurrió antes de sobresalir entre sus compañeros; se avizoraba para él un futuro promisorio. No obstante, promover un cambio en las reglas establecidas de anticoncepción parecía demasiado, más aún siendo católico militante y miembro fundador de la Asociación Argentina de Médicos Católicos. La realidad lo atropelló de pronto.

Un viejo galeno sostenía que la contundencia de ciertos casos clínicos puede determinar cambios profundos en la vida de los médicos. “Casos contundentes”, los llamaba. Grandes sufrimientos, desgarradores pronósticos, enfermedades incurables, complicaciones posoperatorias y demás situaciones adversas suelen sembrar algo más que desconsuelo e impotencia. El médico, en cuyo débil cuerpo se esconde un hombre desprotegido, acepta las circunstancias de su profesión, consume sin más opciones ese guiso turbio donde las alegrías son efímeras y las tristezas perpetuas, hasta cargarse de experiencia y comprender que solo en pocas ocasiones podrá cambiar el destino de los hombres, sus pacientes; en el resto de los casos, decide Dios.

La muerte de Valentina Pizarro fue el primer caso contundente en la carrera de Roberto Anderson. Aquella niña infectada, desangrándose en sus brazos, fue demasiado para su espíritu, más familiarizado con los problemas bobos de la clase media alta. Ese día comprendió que debía hallar una solución, lo que fuera, para evitar que muertes similares siguieran ocurriendo. Aceptó entonces que la pastilla anticonceptiva era parte de esa solución. Un tiempo antes, la licenciada Mabel Munist, que había solicitado el asesoramiento de Anderson, fue la persona encargada de hacerle ver el mundo a través de los ojos de la pobreza; las pacientes de la Isla Maciel, donde ella dirigía el Centro de Salud, morían como ratas, víctimas de la promiscuidad, la desnutrición, la tuberculosis, la diabetes, la anemia ferropénica, el alcoholismo y los abortos clandestinos. Conmovido hasta los huesos por lo que allí, en un agujero triste e irrecuperable de nuestro país, había visto, empezó a madurar la idea de la anticoncepción, basado en la literatura que llegaba desde Europa y los Estados Unidos.

Aquel período fue otro momento más de litigio entre ciencia y religión, motivo por el cual decidió comunicarse con Joaquín Adúriz, un eclesiástico amigo, para que lo aconsejase .

—¿Qué piensas de las pastillas anticonceptivas? —le preguntó.

Adúriz, sacerdote jesuita, sorprendió con una respuesta impensada.

—¡Excelentes! En las revistas de teología, se publican artículos todos los meses, y el 80% están a favor. Hay solo un 20% de conservadores que se oponen.

Las palabras de Adúriz mitigaron la culpa de Anderson, que día tras día se convencía de que no existían alternativas mejores para paliar tanta miseria y desprotección social. Tiempo después, ante la invitación que le realizaron para hablar del tema en el Consorcio de Médicos Católicos, volvió a reunirse con el sacerdote.

—Por supuesto que tienes que aceptar, pero antes sería conveniente que le hagas una visita al cardenal —le sugirió. —Es la única manera de defenderte. Ya estás condenado con nombre y apellido en la próxima pastoral de Cuaresma firmada por el propio Caggiano —le advirtió en la intimidad.

Las palabras de Adúriz retumbaron en los oídos de Anderson, y poco faltó para que sangraran. Nunca hubiese imaginado una afrenta pública en su contra, de la máxima autoridad de la Iglesia. Por la noche, al acostarse, Victoria Campomar le acarició la mano en la oscuridad por debajo de las sábanas y lo notó frío y tembloroso. Se durmió con la firme idea de que su marido podía estar incubando alguna enfermedad y, a la mañana siguiente, lo encontraría bañado en transpiración. Nada más alejado de lo que ese cuerpo estaba padeciendo: una terrible injusticia que lo enfrentaba a la degradación por parte de la Iglesia. Antes de conciliar el sueño, debió soportar una vigilia de hostiles pensamientos que lo llevaron a dudar de los planes de anticoncepción y, más aún, a replantearse si el tema era merecedor de tanta importancia. Su fe en Dios, a pesar de todo, estaba intacta, y confiaba en que el destino le aclarase los pasos que debía seguir. Cerró los ojos, entrelazó sus pies con los de su mujer para buscar calor, la besó en la espalda y se durmió. No pensó que la respuesta llegaría tan rápido.

II

Nunca olvidaría Roberto Anderson el rostro de Baltazar Tati, aquella mañana. Su mirada, su tartamudez, su desesperación por explicar con palabras hechos que no tenían de alguna manera explicación. Los guantes manchados con sangre, esa misma sangre que le recorría el delantal como si fuera una herida propia hasta impregnarle el pantalón e infiltrarle los mocasines, ¡y el gesto! Ese gesto cínico propio del miedo; incompatible miedo, y preguntas, y temores, y vacilaciones.

—Por favor, doctor, venga a ver esto —suplicó.

Baltazar Tati era un concurrente con poca experiencia, que se estaba iniciando en la especialidad. Esa noche, la misma en que Anderson había visto en sueños su cabeza colgada de la puerta del Arzobispado, había estado cumpliendo el servicio de guardia. Tres horas exactamente, desde las cuatro treinta y cinco de la mañana hasta las siete treinta y cinco que Anderson llegó, había estado debatiendo qué hacer con esa niña, sin más armas que el sentido común.

—¡No sé qué hacer, doctor, venga por favor!

Anderson caminó detrás de Tati hasta la guardia médica. Debajo de una luz roída, sobre una camilla de metal, había una niña recostada transmitiendo su dolor. No tendría más de quince años. Su rostro mostraba una palidez alarmante. Tati le había retirado la ropa y la había vestido con un camisolín verde de quirófano. Probablemente había considerado la cirugía como una opción, en el inicio. Los parámetros siguientes demostraron lo contrario. Anderson la contempló en silencio. Tati hilvanaba explicaciones incoherentes. Cuanto más se acercaba a la paciente, las palabras del concurrente parecían perderse en un sombrío laberinto, como si recordar ese padecimiento lo obnubilara.

Al pie de la camilla había un charco de sangre oscura, que se alimentaba de la sangre fresca que brotaba de la entrepierna de la niña. Anderson comprobó que ese cuerpo ya no tenía intenciones de seguir viviendo. Una única pregunta hizo y no recibió palabra alguna de respuesta. Solo un movimiento de Tati bastó para que ya nada pudiera decirse.

—¿Qué es esto, Baltazar?

Tati lo miró a los ojos, imperturbable. Era evidente que ya había tragado cada gramo de sufrimiento y poco más podía conmoverse. Se acercó hasta la niña y le levantó el camisolín. Un hierro oxidado le entraba por la vagina y la estaba perforando.

—¡Dios mío! —exclamó Anderson.

Tati la volvió a cubrir. La niña reposaba sin fuerza, con los pies apoyados en los estribos. Anderson se acercó un poco más, hasta la cabecera. Le habló cerca del oído.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó.

—Valentina Pizarro —dijo, con el último suspiro.

—Valentina, qué lindo nombre... ¿viniste sola?

La niña ya no contestó. La cabeza se le cayó hacia un costado y comenzó a respirar con dificultad. Anderson le acarició el rostro y pudo comprobar una hipertermia abominable. El calor de esa fiebre sobre la palma de su mano le duraría años.

Anderson buscó los ojos de Tati, pero solo encontró escombros de un hombre debajo de un blanco delantal sembrado de sangre. Volvió su mirada hacia la niña. El pelo negro le cubría el rostro. Ya no quiso mirarla más a la cara. Le tomó el pulso y sintió cómo ese cuerpo se apagaba de a poco hasta ausentarse.

III

Lo había apuntado en su libreta por temor a olvidarlo, Rivadavia 415, anotó. El Arzobispo de Buenos Aires, el cardenal primado Antonio Caggiano lo estaba esperando. Adúriz le había aconsejado que midiera sus palabras.

—Besás el anillo, te sentás y decís: “Su Eminencia, me han nombrado relator del tema anticoncepción en el Consorcio de Médicos Católicos, vengo a pedirle instrucciones para tratar el tema”. No vayas a decir una palabra más —insistió.

Así fue que Anderson, respetando el libreto al que lo habían conminado y sin permitirse lugar para las improvisaciones, se arrodilló y besó el anillo. El cardenal Caggiano, desde un sillón marrón, le ofreció la mano con un gesto retraído. De frente calva, cabeza alargada y boca fina parecía un retrato pintado por El Greco. Estaba enfundado en una sotana con puñetas negras y vuelillos de encaje blanco con botones de oro. En el pecho le colgaba una cruz bizantina de madera, de unos diez centímetros, la misma con la que aparecería en la mayoría de las fotos que lo inmortalizaron.

—Vea, doctor, las directivas de la Iglesia son terminantes. Lo único que está permitido es el Método del Ritmo . Lamentablemente, este método no tiene fundamento científico —aseveró.

Al escuchar la frase inicial, Anderson comprendió, con indisimulable dolor, que la ciencia y la religión razonaban con mecanismos absolutamente opuestos. Mientras la ciencia aplicaba el método científico e investigaba para consolidar hipótesis con el único objetivo de evolucionar, la Iglesia rastreaba métodos y autores que, con sus informes, sostuvieran, aun careciendo de evidencia, lo que ella pregonaba y defendía como dogma, sin considerar que esto implicara una franca involución.

—¿Por qué? —le preguntó.

El cardenal, sin perder la postura, continuó con su exposición.

—Vea, yo tengo un gran amigo, que es ateo y acaba de demostrar en un libro que la mujer no tiene ciclo, ni en el endometrio ni en el ovario.

—Con respeto, creo que esos estudios son incorrectos. Tanto el ciclo del ovario como el del endometrio están bien definidos —explicó con vehemencia. Al advertir que había levantado el tono de voz, hizo una pausa abismal.

—Perdón, Su Eminencia.

—No, siga, siga, m'hijo, continúe.

Extrañado por la inesperada comprensión, Anderson prosiguió: —Quiero decir... que está completamente demostrado que el ovario y el endometrio poseen ciclos regulados por patrones hormonales específicos. Por lo tanto, el Método del Ritmo es, en pacientes seleccionadas, aplicable, y si se usa a conciencia puede alcanzar una efectividad del 80%.

Antonio Caggiano no podía creer lo que estaba escuchando. Fue tanta la súbita satisfacción que por primera vez en la tarde regaló una sonrisa.

—Me parece que nos vamos a poner de acuerdo, doctor —bromeó.

La entrevista pautada de quince minutos se extendió por cuatro horas. Anderson expuso, sin prisa, las razones por las que creía que el Método del Ritmo no era aplicable a toda la población y le narró el terrible caso de Valentina Pizarro. Además, le explicó la problemática de ciertas zonas como la Isla Maciel donde, a su criterio, era imperiosa la introducción de la pastilla anticonceptiva.

—Mire, doctor, hagamos lo siguiente, porque esto ya va para largo. Consiga el Aula Magna de la Facultad de Medicina, invite médicos y teólogos, que vamos a discutir el tema. Yo le confirmo mi presencia.

Roberto Anderson sonrió por dentro. Más tarde, remontando la Avenida Rivadavia, volvió sus pensamientos sobre dos circunstancias que se le habían cruzado por la mente mientras debatía con el cardenal. La primera, nunca imaginó que Caggiano tuviera semejante formación científica. La segunda, le agradeció a Dios que la Iglesia estuviera comandada por Juan XXIII. De otra manera, la hoguera hubiese sido su destino final.

Finalmente el doctor Anderson accedió al pedido de la licenciada Munist y comenzaron a trabajar en la Isla Maciel, donde asistía dos veces por semana. Poco después inició, en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires, el primer Centro de Planificación Familiar. Los resultados fueron alentadores, por lo cual, la Universidad de

Buenos Aires, en 1964, oficializó los dos programas, el de Isla Maciel y el del Hospital de Clínicas. Eran épocas del Presidente Guido y del Rector Julio Olivera. El mismo año presentó, en la Sociedad de Ginecología y Obstetricia de Buenos Aires, el primer trabajo científico sobre el empleo de anticonceptivos hormonales. Fue mal recibido. Eximios colegas se opusieron argumentando que una Sociedad de tanto prestigio no podía admitir trabajos que no trataran específicamente la patología ginecológica u obstétrica. Sin embargo, al año siguiente, la Sociedad de Esterilidad organizó un Simposio Internacional sobre el tema, con asistencia de oradores chilenos, uruguayos y brasileños. Fue relator oficial y el primero que demostró que se puede ser profeta en su tierra. En marzo de 1974 sufre un verdadero revés. El presidente Juan Domingo Perón y su ministro José López Rega prohíben por decreto la anticoncepción.

—No pueden interpretar el signo de los tiempos —afirmó.

IV

Roberto Anderson repitió esa frase una y otra vez. “No pueden interpretar el signo de los tiempos... No pueden interpretar el signo de los tiempos...”, hasta que se descubrió deletreándola en silencio, como si las palabras surgieran vacías de su boca, en una mueca muda sin sentido. Tenía ochenta y cuatro años y estaba viviendo su última vida. Solo conservaba, de su juventud, el rostro sereno y los ojos verdes con las pestañas negras que se doblaban al cielo; el resto, la piel bronceada, el mentón triangular, la cabellera robusta y la boca de labios finos estaban sepultados debajo de un manto de arrugas que se continuaba con la frente y solo se interrumpía por retazos de cabellos finos y canosos.

En más de una ocasión, en la intimidad, al comprobar el desenfreno sexual que se había desatado con la aprobación de esa medicación milagrosa que permitía los excesos sin el mínimo riesgo de embarazo, se había arrepentido de su ferviente alegato; comprendió a posteriori que esa y otras decisiones formaban parte de la inevitable evolución de la ciencia, que avanza con disciplina propia, a un ritmo probablemente lento, donde los años parecen días, pero que nadie, se llame como se llame, puede detener.

Hacía frío; era mediados de julio y un sol escuálido se extinguía detrás de los edificios de la calle Ayacucho. Apoyó sobre su mejilla la palma de la mano que había acariciado a la niña Valentina Pizarro minutos antes de morir y, a pesar de la algidez del atardecer, pudo revivir ese abominable calor. Después, se desabrochó los primeros botones de la camisa y, con la misma mano, se aferró a la cruz de oro, recuerdo de su padre, que le surcaba el pecho. Por un instante pudo comprobar que el oro macizo se derretía. Creyó entonces que se trataba de un sueño o de un milagro; sin embargo, luego de unos segundos, la cruz se mostraba otra vez intacta. Miró hacia abajo. La calle Peña parecía una bóveda perforada por hilos de luz. Caminó hacia el interior del apartamento y se recostó sobre la cama de cedro con apliques de bronce, donde Victoria Campomar había esperado la muerte. Se durmió con la firme convicción de que esa efímera señal de Dios había sido la soberana aprobación de su conducta.

El Doctor Cantón | 2do. premio

Florencio Xavier Varela

Seudónimo: Melquiades

No sé si era un buen médico, pero les puedo asegurar que no tenía maldad, y eso ya es mucho decir. Tenía autoridad suficiente para bajar la letra que le viniera en gana; sin embargo, nunca se salió de su rol de pulcro doctor. Muchos le han adjudicado poderes sobrenaturales que no cuajaban con su estampa almidonada, aunque es probable que ese haya sido el caso. El poco tiempo que anduvo por el barrio fue recordado como la “epidemia de salud”, si es que el término cabe, más importante de la que se tenga registro. Los vecinos parecíamos protegidos por su presencia servicial y atildada, y aunque su desaparición fue llorada por más de uno, debo decir, sin ánimo de ofender al doctor Cantón, que fue una bendición.

Mi padre, que en paz descanse, caminó hacia el otro mundo apoyado en muletas y piernas de madera. Perdió la derecha de muy joven en un aséptico quirófano de un hospital de la gran ciudad. Había comenzado a renquear varios meses antes, debido a un dolor en el talón al que no le había dado mayor importancia. Cuando se decidió a consultar, se le indicó que se le debía efectuar una operación y que tenía serios riesgos de quedar tullido. El viejo era tan simple de espíritu como corto en palabras, y el único comentario que quedó en la memoria de mi madre fue aquel “Si el doctor lo dice, así debe ser”, que repitió cinco años más tarde cuando lo mismo le sucedió con la izquierda. Nunca lo escuché quejarse, y jamás supimos cuál fue el motivo o enfermedad que lo partió al medio. Aceptó su destino así, sin decir esta boca es mía, aunque no dejó pasar una noche sin lustrar su último par de zapatos, aquellos negros y abotinados que mi vieja guardó con tal celo que llegaron a ser parte atesorada de la magra herencia que recibimos los tres hermanos. Sé que es el día de hoy que Rolo, el mayor, no se anima a tirarlos a la mierda de una vez por todas. Permítaseme esta digresión en el relato para recalcar tres estigmas que arrastro desde mi niñez: el respeto reverencial por la figura del médico, el terror a sufrir dolor en un pie y la costumbre de prolongar la vida del calzado mucho más allá de lo razonable.

Hacía días que venía soportando una punzada en el centro mismo del talón derecho. Comenzaba sin tregua a media mañana y solo menguaba con el descanso. Tenía pavor a la consulta e intentaba negarlo haciéndome el distraído. “No te duele, no te duele, no te duele”, me solía repetir; pero era inútil, el calvario aparecía para desfigurar mi cara en una mueca de incomodidad y dolor que no pude disimular aquella mañana en “La Piedad” cuando fui objeto de cuanta broma se le pudiera ocurrir a los muchachos de la barra.

—¿Se puede saber qué carajo te anda pasando que no dejás de ensayar esa cara de culo triste? —me recriminó el Vasquito, para quedar puteando por lo bajo tras derramar buena parte de su café al apoyar la taza con violento enojo.

—Sí, flaco, aflojá con el vinagre —agregó Eusebio desde lejos.

No pude menos que sonreírme. Siempre sonreía cuando él hablaba.

Si bien no me caracterizo por mi buen humor, era notorio que algo grave me pasaba, y que el destino se hu-

biera puesto a jugar con mi pie justificaba una buena cara de bragueta y mucho más. Les conté casi al borde del quebranto sobre mi penuria. Todos sabían la historia de mi viejo, por lo que nadie se animó a meter otro reproche. Mi angustia fue entendida, y se hizo un silencio de esos que solo el Tano tenía autoridad para romper.

—¿Por qué no te dejás de joder y vas a ver a Cantón? —dijo casi ignorándome, cuando de pronto se escuchó el rechinar de la puerta vaivén. El doctor en persona entraba a “La Piedad” a tomar su lágrima del medio día.

—¡Escuchame! ¡Che! ¡Tordo! —dijo tras chistar, levantando la mano. —¡Arrimate un cachito! Vení, a ver si me tranquilizás un poco, acá, al amigo —ordenó con fastidio mientras me señalaba.

Les juro que casi muero de vergüenza, pero no se podía esperar otra cosa del Tano que, dentro de “La Piedad”, era capaz de tutear y mandonear al mismísimo Papa. Por otro lado, nadie se atrevió jamás a poner en duda su reinado y ni hablar de un vecino sin raigambre barrial, por más títulos que ostentara. El doctor se acercó con gentileza y me tomó por el hombro.

—¿Qué le anda pasando, buen hombre? —preguntó mientras me miraba a los ojos.

—Es el talón —dije titubeando. —El derecho, me tiene loco de dolor —aclaré con la mejor cara de sufrimiento, en un intento por justificar la irreverencia de mi amigo.

—Desde hace días, ¿vivo? Comienza a media mañana y no quiere dejarme en paz —agregué para ser convincente y aportar algún dato útil al diagnóstico.

—Pues ha de tener un clavo asomando en la suela de su calzado —sentenció. —Usted no padece enfermedad alguna. Se lo aseguro—. Y enfiló para su mesa, dando el asunto por concluido mientras varios sonreían y el Tano me extendía la diestra para que le alcanzara el zapato imputado.

Me agaché para desatar el cordón, incrédulo, pero acatando la orden. Entrecerrando sus ojos y tras pegarle una larga pitada al faso que colgaba de sus labios, el Tano, levantó la plantilla y comenzó a palpar la talonera. Torció la boca a un lado en una mueca que daba por resuelto el tema y revoleó el tamango hacia el mostrador donde el Piti, tras atajarlo contra su enorme pecho, repitió la maniobra, lo alzó como trofeo y gritó a viva voz: —¡La enfermedad del Flaco es de fierro, tiene punta y se cura con tenaza!

Estalló una carcajada limpia y contagiosa, y tuve que soportar, con resignación pero aliviado, las cargadas pertinentes del caso y, por cierto, merecidas. Mientras todos festejaban a Eusebio que daba rienda suelta a su inventiva infinita, noté que el doctor se retiraba despacito, sin hacer comentario alguno. Solo alcanzó a menear su cabeza antes de cubrírsele con su viejo sombrero de fieltro negro, se calzó el breto y se fue silbando bajito. Reconozco que el hecho de que un clavo mal ubicado haya provocado semejante angustia raya con lo absurdo, o más bien se sumerge en el disparate. Es así como quedó en el anecdotario del boliche para sacarlo a relucir cuantas veces hubiera que llenar baches.

Lo que pocos advirtieron, y hubiera sido motivo de comentarios seguramente más interesantes, fue la extraña capacidad del médico para aseverar que estaba sano y la seguridad del Tano para comprar aquel diagnóstico por lo menos poco serio, y que a primeras luces parecía más una joda que una conclusión profesional. Quien conozca al segundo sabrá que sería incapaz de pensar que alguien se pudiera atrever a jugarle una broma, por más inocente que pudiera parecer. Del mismo modo que dijo lo del clavo, el galeno podría haber argumentado que mi dolencia provenía de mi costumbre de llevar el diario enrollado bajo el sobaco, y el Tano me lo hubiera arrebatado, lo hubiera tirado al cesto del rincón y haberme dado por curado. A tal punto llega la inocencia de un rey cuando cree que gobierna. Lo que no me podía explicar era lo de Cantón. Perdón, lo del doctor Cantón.

Era el primer día en que volvía a caminar sin dolor. Iba derechito a “La Piedad” a terminar un partido de escoba. El último de una serie de diez que Coco venía archivando prolijamente. Me sentía tan saludable y contento que decidí pasar un segundo por el consultorio del médico para agradecer su favor y llevarle una botellita de tinto que había comprado en lo de Valverde. Golpeé a la puerta mientras ensayaba algunas palabras adecuadas. No quería pasar por cargoso, pero ante el retraso del doctor, volví a llamar, esta vez con las palmas. Estaba a punto de retirarme cuando sentí que giraba la llave. Froté la diestra humedecida contra el saco y resoplé tratando de relajarme. Siempre fui un queso para las formalidades, y cuando entreabrió la puerta, solo atiné a estirar el brazo con el que sostenía la botella. No había alcanzado a emitir sonido cuando me hizo pasar con un gesto amable y cordial.

Como era previsible, el consultorio estaba vacío. Nos sentamos en la salita de espera, un pasillo ancho al que daban tres puertas, todas cerradas, dos a mi derecha y una más angosta hacia el otro lado: “¿el borsi?”, pensé. Me sorprendió el baño de luz verde y fresca que se colaba desde un jardincito a través de un enorme ventanal de vidrio repartido. Se calzó los lentes y leyó la etiqueta del vino, murmurando lo que parecía una aprobación.

—¿Lo comparte conmigo? —invitó.

Se me hacía tarde, pero no me atreví a rechazar el convite, de modo que acepté gustoso. Bebimos en finas copas de cristal labrado, y cuando digo “cristal”, digo “cristal de verdad”. Recuerdo que las hizo repicar golpeándolas entre sí cuando las sacó del aparador. Pensé en la pelotudez de aquel refrán que dice que no importa el continente sino el contenido: de no haber conocido aquel vino que solía comprar para la mesa de cada domingo, hubiera dicho que se trataba de un elixir al que no hubiera podido acceder más que a través de una generosa invitación. Hablamos de bueyes perdidos, siempre desde el respeto que merecía su investidura superior. En un momento le hice saber de mi asombro por la falta de padecimientos en el barrio.

—Usted sabe —aclaré— para nosotros, legos en la materia, las enfermedades son motivo de amena conversación, y los dichos de ustedes, los médicos, son reproducidos hasta el hartazgo en el café —ensayé aquí una pausa. —Desde que usted llegó al barrio, pareciera que nadie se enfermara; en la barra hay un tema menos, y su consultorio ha de estar tan vacío como... como... esta copa —dije, orgulloso de mi ocurrencia, mientras se me acercaba para volver a llenarla.

Sonrió como quien pretende hacer sentir cómodo a su invitado, pero su mueca era lejana y me sentí eternamente pelotudo: ¿De qué carajo podía yo hablar con un doctor que no fuera sobre mis dolencias? ¿Qué interés podía tener en un chitrulo que se había hecho un mundo por el atrevimiento de una minúscula punta de metal?

Empiné la copa y no se me ocurrió nada mejor que elogiar con pompa desmedida el tinto de dos guitas del que ahora me avergonzaba.

—Bebida noble y sana —dijo, mientras alzaba la suya para mirar el rojo a contraluz. —Suele ser un aperitivo del que no puedo prescindir. Es más —agregó— estaba a punto de correrme hasta el almacén a comprar uno. Su visita me alegra la tarde, y su atención no ha podido ser más oportuna. Yo no hubiera elegido mejor —sentenció, con tono paternal.

Brindamos una vez más, y noté que me iba aflojando. Mi cuerpo se dejó hundir en el sillón de cuero negro, y miré sonriente el simpático jardincito dominado por un naranjo que explotaba en azares.

—Con suerte, el mes que viene me proveeré de mermelada casera —comentó al darse cuenta del objeto de mi atención. —¿Le gusta la de naranjas amargas? Es una receta que viene de la rama británica de la familia. Le aseguro: ¡una exquisitez! —dijo entusiasmado. —No deje de pasar por aquí, le reservo un frasco —ordenó, dando por sentado que no podía existir mortal incapaz de deleitarse con aquella melaza ácida que solo puede ser del gusto de tipos tan extraños como los ingleses.

—Ha de ser exquisita. Le tomo la palabra —agradecí e intenté ser convincente.

Sobrevino entonces un silencio eterno que, para mi sorpresa, no generó incomodidad alguna. Cada uno permaneció ensimismado. Él, de pie, mirando el árbol en flor, y yo, a sus espaldas, admirando su estampa: leones a rayas finitas de perfecta caída y plancha profesional, camisa blanca de puños agemelados en oro, chaleco bien entallado y tamangos que brillaban como mármol negro y, aunque nadie lo vio jamás por lo del “tijeras” Alonso, parecía de peluquería diaria. “Es un doctor”, pensé. “¡Qué digo! ¡Un Señor Doctor!” Quise sobreponerme a esa idea intimidante con alguna frase ingeniosa, pero caí en una nueva tilinguía:

—Preciosa tarde —dije y suspiré, más por lo pelotudo que me sentía que por colocar la voz.

Giró y asintió mientras bebía el último sorbo y apoyaba con gentileza inaudita la copa sobre una mesita esquinera. “Qué calidad para dar por terminada una visita”, me dije embelesado, al tiempo que intentaba incorporarme del sillón. Sonriendo, me ofreció ayuda tendiéndome la derecha.

—Suele querer engullir a los que lo eligen para el descanso. Créame que varias veces estuve a punto de desaparecer en sus profundidades.

Tardé unos segundos en procesar el comentario, aunque de inmediato supe que superaría holgadamente a

cualquiera que se me pudiera ocurrir, pero retirarse sin más hubiera sido una grosería.

—Sepa disculpar lo fugaz de mi visita, doctor, pero tengo un compromiso ineludible —dije en tono formal. Me esperan los muchachos del café con una escoba trunca —aclaré guiñando un ojo, sin pensar que su altura profesional no le permitiría ser cómplice de semejante banalidad. Pero ya era tarde para cerrar la boca. “Tanta lleca y tan poca labia”, pensaba sonrojado mientras me acompañaba hasta la puerta.

Nos despedimos en el zaguán con las formalidades de rigor. Tuve la sensación de estar observando una escena de terceros. Cualquiera podría haber señalado con certeza quién era el médico y quién, el paciente.

Aunque llegaba tarde, caminé con pausa las dos cuerdas hasta “La Piedad”. La figura de Cantón se había agigantado de una manera que no llegaba a comprender. Venía pensando que, seguramente, tal estatura lo alejaba sin remedio de la realidad, y esa sensación despertaba en mí un extraño menjunje de admiración y desdén por una misma condición. “Solo”, me dije. “Ha de estar solo como...”, buscaba una comparación cuando hice graznar la puerta del café. A pesar de mi tardanza, nadie me puteó.

—Flaco, de casualidad, ¿no viste la libretita del Coco? —preguntó el Vasquito.

No presté gran atención al problema, pero estuvimos demorados un buen rato y no fue hasta que se reanudó la partida que pude dejar de rumiar el asunto.

Comencé a aparecer con un vinito casi todos los viernes. Nuestros encuentros siguieron siendo tan formales como el primero. Es más, parecían escenas repetidas. La sala de espera siempre vacía, la luz verdosa del jardincito, el naranjo prodigioso, el sillón que no cedía en su intento de retenerme y ese halo de inhumana pulcritud que envolvía al doctor y a cuanto quedara al alcance de sus cuidadas manos, blancas, perfectas, de punguista, si se me permite el desatino. Una tarde de llovizna finita, tardó más de la cuenta en abrirme. Noté en su semblante misterioso lo que pude descifrar como resignación, desasosiego, quizá. Había un baúl en la sala de espera, y los aparadores y repisas estaban vacíos.

—Debo irme —explicó sin entusiasmo, como si fuera su única opción.

Aunque pensé que molestaba y que nada debía preguntar, no pude disimular mi cara de sorpresa ni tragarme el: —¿Cómo? ¿Nos abandona, doctor?

De inmediato tomé conciencia de mi impertinencia, tarde, una vez más. Como si hubiera dado una estocada certera, presencié el derrumbe silencioso de un alma en pena. Extendiendo su mano derecha hacia atrás, tanteó el lomo del baúl sobre el que cayó sentado sin disimular su cansancio. Quedó allí unos segundos, inmóvil con la mirada ausente. Noté un cambio profundo en toda su persona, había perdido su halo y, por primera vez, lo reconocí como un simple mortal.

—Discúlpeme —dijo, como volviendo a la realidad. —Pero es imperioso que siga mi camino. Le aseguro que es lo mejor para todos —agregó mientras bajaba la voz.

—¡Pero si nunca hemos estado mejor! ¡Su presencia ha sido como un bálsamo, una fuente de salud en el barrio! —exclamé, en un intento por levantarle el ánimo más que de convencerlo de que se quedara.

—De eso se trata, querido amigo. Usted ha dado en el blanco. Eso es lo que soy, en lo que me he convertido por deseo propio: una fuente inagotable de salud —dijo, histriónico, con los brazos en alto.

—¡Pero eso es un don! —argumenté con firmeza.

—Usted no sabe lo que dice. Nada que contradiga lo que dictan las leyes naturales puede ser considerado un don. Nada que intente forzar nuestro destino trágico lleva a la felicidad. Por más extraordinario que parezca un poder humano, no podrá escapar a la parcialidad y estará condenado a ser administrado con peligrosa impericia sin importar las intenciones de quien lo ejerza. Lo que usted califica como un don es un maleficio disfrazado de bendición, y aquel que lo posee estará maldito, maldito, maldito —repitió una y otra vez hasta romper en inesperado llanto. —Yo siempre quise ser médico —continuó tras tomar aire y enjugarse las lágrimas mientras lo miraba en silencio. —¡El arte de curar! ¡Ah, qué altisonante!, así se define nuestra profesión. ¡Qué atrevimiento! ¡Que insolencia! Le aseguro que he padecido derrotas por cientos y solo alguna modesta victoria, donde quizá el azar intervino más que mi arte; cansado de sufrir, hube de rendirme ante el enemigo hace ya mucho tiempo, y en mi capitulación imploré no volver a enfrentarme a la enfermedad. Cosas que uno declama, intentando canalizar tanta angustia y dolor. Sin embargo, fui escuchado, y ese deseo me fue otorgado a pies juntillas. Desde entonces, créame, mi querido amigo, mi presencia parece ahuyentar desde la más nimia de las dolencias hasta la más temida de las pestes. Jamás volví a tener pacientes, solo vecinos protegidos por una suerte de áurea sanadora que nutre mi espanto y que me acompañará sin remedio hasta mi muerte, que por cierto solo llegará con la vejez extrema.

Aquí volvió a sollozar, se quebró feo. Todavía recuerdo su desolación y su lucha por controlar el temblor de su mentón bien afeitado. “El tordo está pirado”, pensé. Quise confortarlo, pero no supe cómo. Solo atiné a quedarme a su lado, inmóvil, intuyendo que mi actitud queda podía ayudarlo a deshacerse de una pena que no llegaba a comprender. Fue un silencio de lo más incómodo, pero sirvió para que revelara su secreto.

—En un principio —dijo mientras aclaraba la voz —creí ser portador de una gracia sobrenatural y piadosa; pero más tarde descubrí que había sido penalizado con cruel severidad por mi cobardía. Transcurridos los primeros tiempos del encantamiento, tuve que ausentarme de mi querido barrio natal. A mi regreso, encontré al vecindario enlutado por la muerte de varios vecinos: diecisiete, para ser preciso. Recuerdo a cada uno de ellos con vívida nitidez. El extraño caso de diversas y aceleradísimas dolencias que postraban y aniquilaban a aquellos pacientes en cuestión de días fue motivo de estudio de los más destacados académicos. Se llegó a la errónea conclusión de que se trataba de casos relacionados con posibles “deficiencias inmunológicas no tipificadas, probablemente ligadas al consumo de agua contaminada con alguna sustancia aún no dosable mediante la tecnología de la época”. Lejos de aclarar la situación, semejante dictamen solo sirvió para que el agua corriente llegara a aquel arrabal con premura sin precedentes. ¡Qué descaró! Yo formé parte de aquella comisión de investigación, pero en un segundo acto de cobardía, me abstuve de ensayar mi explicación, por cierto, razonable y contundente. Era para mí obvio, y fácilmente demostrable, que la enfermedad era incapaz de mostrarse en mi presencia. Había creído que quedaba proscrita, sin posibilidad de expresarse y, por lo tan-

to, vencida; pero jamás imaginé lo que podría desatar mi ausencia. Como una gigantesca represa desbordante de aguas quietas, ella aguardaba paciente la oportunidad de expresar su furia rabiosa ante la menor debilidad del muro de contención. Sin saberlo, mi ausencia había abierto de par en par las compuertas, y mis protegidos sucumbieron ante el acopio descomunal de lo que, en origen, fueron quizá remediabiles humedades. Había convertido mi derrota en una horrible catástrofe, y mi desdicha no tuvo límite ni consuelo. Desde entonces, he adoptado una vida errante, en el intento de que el aparente exceso de salud no vuelva a convertirse en desgracia. Créame, querido amigo, no puedo aquerenciarme en ningún vecindario. Debo administrar mi maldición con celo y extrema precaución —sentenció con serena contundencia para estrecharme la mano y dar por terminada nuestra charla.

En una última demostración de torpeza, alcé la botella como gesto de invitación a un brindis de despedida. He de haberle parecido ridículo.

—Hoy no va a poder ser. Cuídese —dijo, recuperando su halo y su compostura.

Años más tarde lo encontré en un alejado pueblo del sur. Me reconoció, no sin cierta dificultad. Recreaba el personaje que todos recuerdan por el barrio y derrochaba esa amabilidad distante tan característica en los de su profesión. Hablamos solo unos minutos, y estuve a punto de contarle cómo se nos había ido el pobre Eusebio en apenas unas semanas después de su partida. Fui capaz de ahorrarme el comentario, hubiera sido una inexcusable maldad.

Tres clavos | 3er. premio

Euler Anibal Dulbecco.

Seudónimo: Elefante

Al comenzar la mañana, me visto con las prendas menos arrugadas, escupo sobre el espejo del baño y embarco mi cuerpo hacia un nuevo y agonizante día. Es difícil iniciar el viaje, las cuerdas se estiran y el deseo va cambiando entre baldosa y baldosa, duplicando la rutina. El primer destino es la maldita plaza que ofrece múltiples paradas de ómnibus, como vulvas encarnadas. Este lugar es donde la gente se reúne a esperar su suerte y disimulando sus angustias aguarda impaciente la llegada de los colectivos que raptarán sus cuerpos. Espero en suspenso el 561, anhelando el asiento individual enfrente a la puerta trasera, lugar en el cual evito los cuerpos de mis compañeros de viaje, pero no sus ásperos olores. La suerte, enamorada, huye de mí, el asiento es ocupado por un molesto infante. Continúo de pie sujetando el pasamano, objeto desagradable que nutre mi hipocondría, hasta que el escolar salta del asiento y embiste hacia la puerta trasera. Gracias a mi mayor agilidad, supero a la anciana en la carrera hacia la meta y deposito el culo triunfal sobre el rígido y roñoso asiento. El viaje se adueña de la mente. Huecas imágenes detrás de los ojos intentan mantenerme despierto.

Miro el rostro reflejado en el vidrio, pero la imagen no inspira demasiado interés. Más allá el paisaje vende sus colores por comida. Autos, hombres y mujeres arrastran sus propias cadenas y originan la clásica sinfonía de los pueblos. La última recta del camino indica la culminación del viaje, ocho largos kilómetros de asfalto tallados entre el campo y la pobreza. El destino es un clásico hospital estatal donde las identidades se mezclan. Olor y dolor, vida y muerte, médicos y pacientes, todos desfilan cargando bolsas de frustraciones y esperanzas. Acá se intentan curar las esencias perdidas, más allá de la lógica universal. El clásico manicomio, loquero, se mantiene de pie, respirando, latiendo y nutriendo a un desigual poblado de calles de tierra, sin veredas, con tan solo la avenida principal asfaltada, por donde avanzan los transeúntes esquivando en vano el barro (de todas maneras, sus pies vienen con tierra desde el útero), carros, autobuses y toda clase de alimañas. El corazón del pueblo es este hospital. Todo gira en torno a su naturaleza, es como un pastor que caza la energía de cada ser vivo de la zona.

Hace cinco años que trabajo en este hospital como médico psiquiatra. Con el paso de los años, la vitalidad se desvanece y el trabajo se transforma en un hecho práctico y concreto, en el que la fuerza se adormece junto al manto del tiempo. El servicio en el cual se desarrollan las tareas asistenciales de los pacientes internados no ofrece mayores particularidades. Las paredes despintadas, de rugoso revoque, modelan tibias manchas de humedad que gotean hacia el piso. Antes de ingresar al pabellón, el saludo de un paciente golpea mis oídos:

—Doctor, ¿tiene un cigarrillo?

—No.

—¿Una moneda?

La segunda pregunta nunca tuvo respuesta. Atravieso la puerta e ingreso en el servicio donde otro día de trabajo comienza. En el pabellón, los pacientes caminan lentamente, con los pies besando las frías baldosas y los brazos flexionados y rígidos, como marionetas que perdieron sus delgados hilos. En sus rostros, los ojos yacen abiertos hacia dormidos y desocupados sueños. Siempre mantienen una infinita marcha en su deambular, que dibuja el más perfecto círculo. El confort, lugar de reunión de los profesionales, no es de gran tamaño y ofrece a sus fieles una mesa única y principal, de incierta madera, sobre la que se posa un constante desorden. Diversas historias clínicas se mezclan entre papeles y pocillos de café.

Sin saber qué sucede más allá de las paredes, incorporo mi cuerpo hacia el principio, a pesar de que el tiempo de los pacientes, simplemente, carece de fin. Camino y avanzo despacio más allá de puertas maltratadas y pasillos silenciosos, entre humanos, o lo que queda de ellos, que saludan con la cabeza, con el cuerpo, con sus almas veladas. Suplican libertad, aunque ya han traspasado las ventanas más altas, más puras. Algo parecido experimenta mi conciencia al observar a los pacientes. Busco al paciente que debo entrevistar. Es un pobre muchacho, con una historia partida, adicto a cuanta sustancia le permita escaparse de su propia imagen, deshilachada imagen. Vuelco los ojos hacia la silueta que está frente al escritorio. La tenue expresión de su cara expresa una máxima indiferencia. Recorre con los ojos el frío lugar. Doctor, ¡hace un tornillo acá adentro! No tengo ganas de contestar boludeces. No sé por qué estoy acá. Esto es peor que estar en cana.

Trato de mirarlo con tranquilidad dejando que el silencio cumpla su mágica función.

—Doctor, todo esto es pura basura. ¿Desde cuándo al buchón del juez le interesa lo que yo hago con mi vida? Acá el rollo pasa por algún botón que me mandó al frente. Hay una vieja buchona en la casa de al lado. Seguro que fue ella la que me mandó la yuta. Hace dos meses que está jodiendo, dice que soy un vago. El otro día me calenté y le tiré un botellazo al techo, pero nada más. Estuve laburando de peón, pero me echaron. Me acusaban de ladrón, pero yo no era. Pero yo estoy joya, estoy rescatado, viejo.

El día ha sido un poco difícil. Entre el frío y la resaca de mi cuerpo, todo luce sombrío, como si los colores absorbieran toda la luz. Regreso al confort de los médicos para evolucionar la historia clínica. Escribo en silencio, indico en la carpeta de medicación los fármacos, mientras un dulce dolor juega dentro de mi cráneo. Al final de la jornada, surge un monstruo difícil de superar, el regreso dentro del clásico y odiado colectivo. Ahora el CD baila un último tema, entre tanto, un nuevo vaso se cubre de alcohol. Para entonces busco cualquier abrigo, acomodo la imagen y salgo a caminar sin objetivos, sin destino. Frente al agobio, uno necesita modificar los sentimientos arraigados. La calle puede ofrecer algún analgésico o elemento para intercambiar un poco el argumento de la vida.

Poco movimiento existe en esta fría ciudad por la noche un día de semana. Algunos taxistas circulan lentamente intentando raptar peatones perdidos. Un perro comparte mi destino durante unas cuadras, después parece aburrirse y se va. Sigo girando y me aproximo al clásico bar, fortaleza de infelices humanos donde el alcohol, el tabaco y la soledad son los requisitos de admisión. Olvidando voluntariamente las responsabilidades matutinas, decido ingresar. Unas pocas personas permanecen en silencio, fumando, bebiendo. Me siento en el rincón más alejado. Mi ingreso simplemente pasó inadvertido. Luego de unos minutos, los ojos globosos del mozo marchan hacia mí.

—Una cerveza —acompañó el sonido de la palabra con el dedo índice hacia el cielo.

Surge la imagen del muchacho del hospital y lo imagino aquí sentado con sus ojos de vidrio, rojos y congestionados, ingiriendo cervezas, moviendo el delgado cuerpo al ritmo de su respiración, alerta, esperando las típicas cosas que lo arraigan a esta vida, su vida, y calmando el ardor de los orificios nasales con su puño. Cuántos esbozos de ideas germinan en la noche cuando uno está simplemente solo, junto a un tibio vaso de alcohol. Uno se siente tan pequeño protegiendo una ilusión.

Todos los fantasmas cambian bajo las luces de un burdel. La comadrona organiza las ofertas mientras un desfile de piernas deformadas recorre el salón. Los sonidos de los tacos aguja originan la canción más bella, mientras que un viejo estático anhela, pero sus ojos privados de brillo permanecen como dormidos en la quietud de la noche. Apoyado sobre la impávida barra con los codos en asimétrico equilibrio, mira el vaso de vino. Entre dedos desgastados, sujeta el último tabaco. Para él ya no existe el amor. Acostumbrado a un tiempo circular, recuerda de a pedazos el primer beso y el perdido y golpeado amor. La mujer le anuda las manos en el cuello, plisado. Rojos, húmedos y ficticios labios murmuran compartir otra copa. Él la mira como ha mirado en su larga vida a otras. Levanta hacia las secas sombras aquel vaso de escarpado vino, bebe dos sorbos y desde el silencio responde:

—Brindo por lo que no fui.

Personajes de una noche común. Mujeres y hombres que buscan, que simplemente buscan. Cuando aparece el sol, todos los misterios y deseos se esconden entre los residuos y cada ser regresa a su tálamo. Para entonces, alguien se encarga de limpiar los cuerpos y vasos usados.

Otro día comienza en nuestro absurdo mundo. Organizo el uniforme, acomodo las partes de mi cuerpo hasta lograr forma humana y marchó hacia el trabajo. Durante el camino, pienso en cómo las cosas adquieren un particular sentido, en el cual la razón es eclipsada por la lógica. Los límites son los determinantes de cada una de las normas. Pero sería agradable que, por una vez, los cuerpos se moviesen por sí mismos y revelados escapasen de esos límites sistemáticos, dentro de los cuales los humanos permanecen apilados, como una montaña de carne putrefacta, fermentada y moldeada por una matrona social, violada por su Dios. Entonces... maldito colectivo. Maldito límite. Fuera de los límites, se podría sentir una brisa suave, desnuda, transparente, fresca. Los cuerpos no tendrían naturaleza. El amor estaría materializado como una eterna erección dentro de la histérica hembra, que por fuera del límite viviría su goce, amplio, feliz e infinito. No obstante, uno es una bestia instintiva, limitante y condicionada. Uno es un ser social que mutila la imaginación para dejar espacio a un tiempo determinante. El pobre chofer aferrado al volante nos transporta por dentro del límite. Las ventanas están empañadas, y los pasajeros semidormidos apenas respiran.

Camino por el hospital y observo que los árboles contrastan con el entorno. Están tan llenos de vida y de color que por momentos parecen intentar despegarse de la tierra arrancando sus raíces para escapar. Pero ¿qué sería de todos estos pacientes sin los árboles preservadores? El ingreso a la sala origina siempre una sensación particular, mezcla de incertidumbre, rechazo y resignación. Mi andar se confunde entre las sombras del largo

pasillo. Las baldosas, los rincones, los pacientes y las puertas sin picaportes son los dueños de la esencia del loquero. Arriba al confort de los profesionales, algunos están sentados, otros de pie bebiendo el café instantáneo de tazas sin geometría. Cierro los ojos y tras un inútil esfuerzo, otro defectivo saludo ha dado origen a mi torpe actitud. Algunas voces desafinadas responden a destiempo. A esta altura de la vida, mis respuestas irónicas surgen en forma automática y golpean sin distinguir demasiado a quién. Luego de la filosa intervención, comprendo la distancia originada con los otros. Dejo caer por un instante los párpados y sus voces se van disolviendo hasta desaparecer. Al abrir los ojos, sus cuerpos lucen clavados en las sillas, con las bocas rojas, respirando el pesado aire matinal.

El jefe del servicio informa el ingreso de un hombre inmerso en un mutismo absoluto. Lo trajo la policía después de encontrarlo sentado solo en un banco de la plaza. Fue identificado aparentemente como Dorrego, Fabián. En el consultorio, miro a través de la ventana para observar si los árboles estaban aún de pie, y una tibia sonrisa se escapa de mis labios. Por suerte, seguían de pie. En el pasillo de la sala de pacientes agudos, enfrentado a la pared, está el muchacho Gustavo Paz con el cuerpo frenado de movimientos, frío e indiferente al tiempo que escapaba de su vida. Los párpados transparentes juegan a ocultarse de los agujeros orbitarios y rítmicamente se cierran mientras las pestañas atraviesan las córneas. En su mano, un cigarrillo yace dormido entre los dedos y una saliva gris construye una espesa soga que brota desde la boca seca. Me mira como puede y mueve un poco su cuadrada cabeza. Una sonrisa desnuda y estéril se delinea entre los labios. El paciente avanza lentamente hacia el consultorio mientras se seca la saliva con la manga de la camisa. Ya sentado, oscila en la silla, sin mirar más allá de su sombra.

Doctor, estoy peor. En la cana, estaba mejor. Desde que entré acá, nunca estuve despierto, me siento frenado, duro. Pero no es una dureza copada, como la pala. Estoy duro, pero sin copar, y esta saliva de mierda... No sé porqué estoy acá. La vecina... seguro que fue la buchona de la vecina. La vieja está con la yuta, organiza a los vecinos para ficharme. La última noche, me puse a calar por la ventana, y los autos pasaban vigilantes, y los chabones que manejaban miraban pa' dentro del bulo, arreglados con la vieja puta y los otros mascapitos. A veces me pasan cosas locas de explicar, pero esa mujer me mira de una manera extraña. Los autos circulan tan despacio... me quedo toda una noche vigilando, y ellos saben lo que pienso.

En un instante, su rostro se impregna de terror. Inspira el aire como si fuera la última vez que pudiera gozar de tal privilegio. Clava los ojos, y su mirada se cristaliza sobre la manchada pared. Revuelve sus sucios y secos cabellos con los dedos, como si intentase arrancar alguna idea con las uñas, mientras los arrugados labios apagan las sombras y se cierran para siempre. El único elemento que evidencia su existencia es el oscilante movimiento del encorvado y diminuto tronco. Lo acompaño a otro espacio en silencio, sin que los sonidos confundan la ausencia de su voz. Esta persona apostó su sangre, su oxígeno y su historia para perder su vida en la primera jugada. El presente para él ya no existe.

Diversos sonidos, amalgamados a huecas representaciones pavorosas, engarzan los sentidos. Oído, tacto, gusto y olfato se ofrecen mutilados. En el centro asimétrico de su mundo actual, un bosquejo de hombre, minúsculo, intercambia los residuos de su cuerpo a cambio de un poco más. Uno trabaja para curar gruesas llagas, pero cuando sus bordes crecen hasta invadir nuestras manos la insuficiencia es el reiterado efecto reinante. La llaman frustración. Por favor, no mientan, es solo realidad humana. Giramos confundidos junto al tiempo indiferente hasta desaparecer. Han sido tantos, durante estos siglos, los seres crucificados entre nosotros, que

uno a veces hasta marcha con los clavos en los bolsillos.

Acaricio mi rostro, juego con una bocanada de aire, giro sobre mis talones como para encontrar otro escenario. Acompaño al joven hasta la habitación. De un salto, se oculta entre añejadas frazadas. Oscilando sobre su eje, enrolla su testa apretando las sábanas contra las orejas. Demasiado desolado se siente en este momento. Demasiado tarde llega mi conciencia para actuar.

Un poco agotado, un poco entristecido, dirijo los pies hacia otro lugar, cualquier lugar. En el parque, el frío seduce a los nogales que inclinan sus copas simulando un noble respeto. Ordeno un poco las ideas. Detengo mi cauto andar y recuerdo al otro paciente, Fabián Dorrego. Saludo al Sr. Dorrego, pero mis palabras se disuelven en el silencio de la sala como si no hubiesen sido pronunciadas nunca. La armonía de su imagen se mantiene inmutable, a pesar del desfile inútil de palabras emitidas. Si al menos depositara una sola mirada en mí, pero jamás lo hace. Solamente, juega con un papel arrugado entre sus finos dedos. Al retirarme emite la única y última palabra de su vida “Adiós”. Perfecta palabra. En el confort, realizo las respectivas evoluciones de las historias clínicas. Fin de la tarea asistencial.

Los regresos del trabajo a la casa mantienen una reinante pasividad, en la que las imágenes mentales se mezclan y originan películas vacías de realidad. A veces las obligaciones cobran el vigor preciso como para dominar mi ligereza mental. Pero luego los sueños o deseos se ubican de espalda al deber, y fluyen libremente desorganizadas escenas del imperio del futuro, del presente y del pasado. El movimiento especial del colectivo desnaturaliza la noción del deseo. La gente, su olor y resignación alteran dicha pasividad para transformar el cuerpo en un perfecto cronómetro, que con máxima certeza calcula y cuenta cada uno de los segundos en relación con los metros transitados. Una vez en casa, la autonomía es absoluta. Allí uno desarma los disfraces, cuelga las pesadas prendas en el perchero y trata de despertar a la felicidad imaginada. A media noche, paseando por el vecindario, marchó hasta un pequeño bar. Le pido al mozo una ginebra y acomodo el abrigo añejo y la pálida bufanda sobre el respaldo de la silla vacía, a un costado de la mesa. De fondo, junto al suave murmullo de la gente, la voz del polaco Goyeneche define lo incierto de la noche. Resucito la respuesta del paciente Fabián Dorrego y los silencios de tantos otros. Observo la gente a mí alrededor, sus caras, sus cuerpos. Algunos hablan de amor, otros consumen su tiempo sin saberlo, sin sentirlo. ¿Por qué será tan difícil culminar el día?

El pequeño reloj despertador musita su presencia y abre los apagados oídos. Un marchito vidrio espejado devuelve un rostro muy cansado. El agua helada pretende ordenar las piezas, pero las partes importantes se perdieron hace tiempo por las cañerías. A pesar del duelo existencial, hoy me siento un poco mejor que ayer. Vestido y aseado, la imagen ofrece una mejor presencia. Con un andar lento y seguro, emprendo el camino hacia la plaza principal con destino al hospital. Sin tener motivos, comienzo a sentirme apto o algo similar, cosa extraña en mí, sobre todo de mañana. Dentro del perverso colectivo, persisto de pie. Los asientos se hallan poseídos por sumisos humanoides. El niquelado y grasiento caño de los pasamanos bendice el viaje con espesas gotas de sudor que brotan de sus poros. La llegada a destino regala una postal descolorida. Exclusivamente, los árboles brillan salpicando vida e identidad. Los pacientes danzan sus mágicos rituales con los pies pesados, amurados al piso, mendigando cigarrillos o monedas con extinguidos susurros. Ingreso al confort del servicio y estructuro un obsesivo y formal saludo matinal, pero mi subversiva alegría contrasta con la expresión de mis colegas. Un silencio peculiar, dilatado y filoso amputa todos mis sentidos en ese instante.

Pregunto con sutil inquietud, después de un improvisado saludo, si algo ha sucedido, y me responden que hoy temprano el paciente Dorrego se suicidó.

Me quedo de pie, parpadeo una o dos veces y mi boca rígida ahoga un sordo alarido. Las ideas se precipitan transformadas en dismórficos bufones de oscuros hocicos, que sonríen dentro de mi cabeza. En ese instante, aparece un fresco y concluyente juicio. La ciencia. El cansancio. La responsabilidad traspasa la única y última puerta. La vida, el día y el tiempo son independientes de mí ser. Con pasos rápidos y desprolijos ingreso en la habitación del paciente y descubro su cama conquistada por otro cuerpo humano. Salgo desde el vacío y por el parque camino entre los árboles y bebo el penetrante frío de la mañana. Un insistente interno suplica un cigarrillo. De manera automática, busco la billetera para ceder todo el dinero que poseo y con desconcierto acaricio con las yemas de los dedos tres clavos en el fondo del bolsillo. Los clavos son largos, suaves, tibios y de afiladas puntas milenarias. Sobre la palma de la mano, simbolizan mi cuerpo nadando entre la nada. Arrojo los clavos al suelo y caen junto a los secos arbustos. Avanzo con rítmicos pasos y cruzo la entrada del hospital. Solo, de pie en la calzada, como un antiguo reloj de arena, intercepto libre los primeros rayos del sol. Desde el sur, el viejo y fatigado colectivo 561 asoma la cabeza vacía, limpia y perfumada. Este será, por fin, un viaje placentero cigarrillo.

De manera automática, busco la billetera para ceder todo el dinero que poseo y con desconcierto acaricio con las yemas de los dedos tres clavos en el fondo del bolsillo. Los clavos son largos, suaves, tibios y de afiladas puntas milenarias. Sobre la palma de la mano, simbolizan mi cuerpo nadando entre la nada. Arrojo los clavos al suelo y caen junto a los secos arbustos. Avanzo con rítmicos pasos y cruzo la entrada del hospital. Solo, de pie en la calzada, como un antiguo reloj de arena, intercepto libre los primeros rayos del sol. Desde el sur, el viejo y fatigado colectivo 561 asoma la cabeza vacía, limpia y perfumada. Este será, por fin, un viaje placentero.

La memoria del mármol (una historia real...) | Mención especial

Seudónimo: acuario

Nombre y Apellido: Roberto Vitaloni

El doctor Arias no podía salir de su asombro. A pesar de los años que llevaba ejerciendo su profesión, no recordaba un cuadro similar. Sentado en la vieja silla de su consultorio, se acomodó los anteojos sabiendo que este no sería un caso más. Respiró profundo, invocó a San Pantaleón, protector de los enfermos, y arremetió con sus preguntas. Por momentos su lapicera se negaba a escribir, a dejar asentado el horror en una ficha, como si los objetos adquirieran alma cuando los humanos traicionan la vida.

Frente a él, Rosa se encogía como queriendo desaparecer, como un preso en el más fatídico de los juicios. A su lado, su única hija, Elena, lloraba por temor o quizá como una excusa para evadir la penosa situación. Las manos de la joven estaban lastimadas en grado extremo; en algunos dedos solo quedaban vestigios de lo que había sido su nivea piel. Las lesiones llegaban hasta el hueso y sus falanges derechas eran fácilmente visibles, como si alguien las hubiera disecado para una clase de anatomía. Pequeñas grietas dominaban sus palmas y como manantiales de sangre seca dibujaban deshilachados remiendos.

Rosa no pudo más que sincerarse, sentía que la tierra la devoraba, que el aire se volvía viscoso e irrespirable. Las preguntas del médico la hacían sentir miserable, le golpeaban el cerebro, eran tantas que no tenía tiempo de responder... Encomendándose a Dios, con un discurso simple y llano, intentó llevar el horror al terreno de las palabras. Elena era hija del pecado, había nacido de una violenta relación incestuosa. Cuando Rosa supo de su estado de gravidez, escapó de su casa para evitar la vergüenza. Aún hoy al cerrar los ojos, podía ver la mirada obnubilada de su victimario. El odio había sido su bandera durante todos estos años y rogaba por una venganza que la redimiera, pero el tiempo se había encargado de hacer las cosas más difíciles. Pasó mucho tiempo hasta que se dio cuenta de que había depositado en Elena su odio ancestral. Ella era la receptora pasiva de su furia.

Era una niña rubia, de rostro angelical que contrastaba con el color caoba de su piel. La genética se burlaba de ella, le hacía recordar permanentemente a su agresor, la azotaba sin piedad ni tregua. Algunas veces cuando creía encontrar la salida de su laberinto, el rostro de su hija se convertía en un espejo que la devolvía al pasado. Día a día, el odio hacia los hombres se incrementaba y nunca más se atrevió a mirar a nadie a los ojos. No deseaba ni se permitía gozar. Nunca intentó recomponer su vida, los días se escurrían entre redes tejidas con agrias sedas. Su historia era un rompecabezas al que le faltaban piezas, que se habían perdido en los cofres de su memoria. Cada amanecer la encontraba llorando en su cama y ríos de lágrimas humedecían las plumas de su almohada desbordando los límites de las sábanas. Con el paso del tiempo, creció un musgo suave que delimitaba dos áreas: una donde imperaban sus sentimientos y otra donde era la Rosa que todos conocían en ese horrible pueblo.

Elena crecía en ese infierno de pasiones arrebatadas y desde muy pequeña había comenzado a rascar las paredes de su pieza. Al principio solo era una anécdota digna de ser contada en las rondas de mates con las vecinas, pero con el tiempo esta conducta se agravó. Un enero de soles rojos y temperaturas elevadas, Rosa debió pedir ayuda para socorrer a su hija que estaba sumergida bajo una montaña de ladrillos desmoronados, que se habían desprendido de la pared de la humilde cocina. Desde esa fecha, nadie volvió a ver a Elena. Aunque fueran a visitarla, su madre la negaba inventando crueles enfermedades o sueños a deshora. No soportaría burlas, no quería ni podía dar explicaciones, un enjambre de fantasmas la rodeaba y la hacía levitar en un mar de dudas. Enceguecida por el dolor moral, descuidó la crianza de su hija, quien lentamente ingresó en un autismo severo y solo sonreía cuando acariciaba una pared. Sus rubios cabellos crecieron sin control y se empeñaban en formar masas compactas que daban el aspecto de una cresta dorada. Los huesos de su cuerpo parecían empujar la piel en busca de la luz, sus encías desaparecían tras enormes llagas nacidas de su hábito de masticar caramelos de arena y cal. Solo su vínculo con la pared le devolvía paz y calmaba sus llantos lastimeros. Elena creció y su madre, como no podía dominarla, debía amordazarla y atarle las manos con gruesas sogas para que no atacara con tenaz pasión los pocos revoques sobrevivientes. Elena, víctima y victimaria de la pared.

El doctor Arias se disculpó, se levantó torpemente dominado por el vértigo y llegó trastabillando a sala de espera para ganar la calle. Apenas pudo sentarse bajo el naranjo que habitaba la vereda, con temblorosa paciencia se concentró en evitar los vómitos y respiró hasta sentir que sus pulmones estallaban. Pasaron algunos minutos hasta que recuperó la plena conciencia. Fue incorporándose poco a poco, pero al apoyar su mano en la pared para ayudarse sintió una fuerte descarga eléctrica que lo derribó. Entendió así el sufrimiento de Elena. Lloró, por él y por su paciente.

Regresó a la silla esterillada, un tanto raída por el uso y las mudanzas, alisó su impecable guardapolvo y acomodó su humanidad junto al cuerpecito de su paciente. Realizó las curaciones con infinita ternura. No usaba la ciencia aprendida en la universidad, sino todo el amor que cabía en su anciano cuerpo. Untó con crema cicatrizante largas tiras de tela de algodón y recubrió con ellas las heridas de esas desarmadas manos. Trató de que ese gesto de cariño no terminara nunca, eran las primeras caricias que Elena recibía. Pedía perdón por el error ajeno, aunque sabía que su humanidad no podría calmar tantos años de dolor. Cada vuelta de tela se acompañaba de una prédica. Con la ilusa intención de mitigar el dolor, se atrevió a cantar en voz muy baja una vieja canción de cuna, tan vieja que se sorprendió al recordarla. Cuando terminó el conjuro, miró a Rosa tratando de dominar su furia y evitando anteponer el hombre al médico, pero no pudo. Gritó sabiendo que ese grito no le pertenecía, estaba poseído. Tanta violencia lo sorprendió, no sabía que aún podía reaccionar de esa manera. Acusó a Rosa y con ella a toda la humanidad por no saber diferenciar una enfermedad, por no pedir el consejo oportuno, por traicionar la vida asesinando ilusiones ajenas. Fue juez y jurado... la declaró asesina. No perdonaría jamás la actitud de esa mujer a la que evitó deliberadamente llamar madre. Ante sí tenía la perfecta obra del diablo, una batalla ganada por la estupidez y el egoísmo. Cuando terminó su discurso, escarbó en el fondo del cajón de su escritorio con inusitado frenesí, viejas recetas volaron por el aire como antiguos vampiros liberados. Solo se detuvo cuando al fin halló lo que buscaba... en sus manos, que habían dejado de temblar, brillaba un crucifijo. Necesitaba el apoyo de Dios, el mismo al que había negado hace muchos años cuando la leucemia destruyó la vida de su propia hija.

Rosa dejó el consultorio sola, pero con su pasado a cuestas. Una procesión de lechuzas viudas la acompañaron

en el camino a casa. Se encerró durante largos días, los relojes se detuvieron y las telarañas ganaron todos los rincones. En esa casa, lo único vivo fue el musgo que siguió creciendo hasta trabar las puertas y ventanas impidiendo todo contacto con la realidad exterior. Durante ese tiempo, las manos de Elena sanaron y ella aprendió a escuchar sin temor a que alguien le dijera palabras de amor. Un viento sanador, aliado de los médicos, se encargó de llevar los odios a la tierra del olvido. El doctor Arias murió años después, legó sus bienes a su hija adoptiva, aquella misma criatura a quien había rescatado de las garras rencorosas de su propia madre. En el cementerio del pueblo, bajo unos pinos plateados, puede encontrarse una placa de mármol con la superficie muy desgastada. Solo algunas personas saben que Elena empezó a rascarla cuando se sintió nuevamente sola.

